

EDICIONES MINIMAS

CUADERNOS MENSUALES DE CIENCIAS Y LETRAS

Director: LEOPOLDO DURÁN

FRAY MOCHO

(JOSÉ S. ALVAREZ)

CUENTOS

BUENOS AIRES

1917

FRAY MOCHO
(JOSÉ S. ALVAREZ)

CUENTOS

EDICIONES MINIMAS
BUENOS AIRES
1917

Sean estas palabras liminares una evocación borrosa de la fisonomía literaria de Fray Mocho, ya que las líneas precisas de su personalidad habría que fijarlas estudiando en conjunto su obra, buena parte de ella olvidada o dispersa. Quienes hayan leído los dos únicos libros que publicara,—VIAJE AL PAÍS DE LOS MATREROS y MAR AUSTRAL,— tienen a su alcance los mejores elementos para apreciar la calidad de su labor.

Fray Mocho dejó signadas en todas sus páginas las cualidades que destacaban su inconfundible individualidad en nuestra literatura. En el PAÍS DE LOS MATREROS, describió la naturaleza agreste, los hombres hirsutos y las costumbres primitivas de la selva de Montiel, animando sus cuadros con la plasticidad y el colorido de un maestro de la forma y del color. En MAR AUSTRAL, acentuó su potencia imaginativa y descriptiva, dándonos la sensación de que el autor ha vivido en la desolada y maravillosa región de las dramáticas escenas que nos describe, aun cuando se sabe que Fray Mocho no había recorrido nunca esos parajes.

La ciudad y el campo, y las costumbres características y pintorescas que persistieron en nuestra sociedad hasta el último tercio del siglo pasado, le sugerían bocetos de intencionada observación, que narraba su pluma con fascinadora espontaneidad verbal. La naturalidad de sus diálogos, y la carencia absoluta de medios arbitrarios o retóricos en la exposición de sus fábulas, prestaban también singular encanto a la producción de este admirable costumbrista criollo, cuya labor volandera debe ser recogida.

José S. Alvarez — Fray Mocho — nació en Gualeguaychú (provincia de Entre Ríos). Cursó sus estudios y fué diplomado en la escuela normal del Paraná. Vino después a Buenos Aires y colaboró en los diarios de mayor prestigio. Fundó el semanario Caras y Caretas, asumiendo la dirección del mismo hasta el día de su muerte, acaecida el domingo 23 de agosto de 1903, a los cuarenta y cinco años de edad.

LA CAZA DEL CÓNDOR

Una hora había por lo menos que callaban nuestros fusiles y, sin embargo, los cóndores, desconfiados como collas, revoloteaban todavía alarmados. Los pocos que se habían asentado en la falda del lejano cerro fronterero, se paseaban parsimoniosos y serenos, aunque evidentemente inquietos, a juzgar por el movimiento de sus calvas cabezas rojas y por la presteza con que ensayaban tender el vuelo cuando un ruido insólito llegaba a sus oídos o un detalle sospechoso velaba la nítida visión de sus ojos claros y penetrantes, que atistaban, sin parpadear, la entrada de las grutas misteriosas y la sombra traidora de los peñascos o del medroso malezal. Recogida sólo a medias el ala diligente, caminaban ceremoniosos y graves, erguida la cabeza descubierta, como enlutados caballeros medioevales, que en justa de apostura, lucieran su garbo y su donaire. Cada vez que se detenían, estirando el cuello, como ansiosos de recoger en el oído, para descifrarlo, el enigmático lenguaje con que les hablaba el monte y la llanura, parecía que tal no hicieran, sino mutuas cortesías reverentes: la tizona, obediente a la presión de la mano sobre el pomo, alzaba en la contera la extremidad del manto caballero, las golas ondulaban con coquetería y las espuelas chirriaban acompañadas. Y desde el ras del suelo hasta donde el ojo alcanzaba en el infinito azul, se les veía: ya escoltaban rápidos y nerviosos la blanca nube pasajera que impulsaba el viento, o ya, sin batir el ala, describían un círculo fantástico sobre la masa oscura de las sierras, cruzando

jugueteros las anchas fajas luminosas en que el sol reía placentero.

—Usted creó que solo le malicea a la oscuridad, señor...? —dijo, con su acento característico, el viejo gaucho cordobés que nos acompañaba.—No crea!... El cóndor es un pájaro muy astuto.... Desconfía más del sol que de la sombra y áunque puede mirarlo sin pestañiar, se le hace que a contra luz s'escuende un enemigo y por eso pega la vuelta pa ver de todos laos... Sabe qu'el hombre es artero y que se lo ha de madrugar si le da un cabe....

—Pues si todos dan el cabe que han dado éstos, los cóndores morirán sólo de viejos.

—Ha visto cómo le matrean al plomo, señor....? Y eso que las balas son pa'l cuero d'ellos como son pa'l mío estas espinas de amor seco.... Lo que les dentra lindo es el euchillo....

—Cómo no!... Y el dedo en el pico les ha de entrar mejor.... quizás.

Y convinimos, después de mucho conversar y sostenerme el viejo que "pa cazar el cóndor más valían las mañan que los fusiles", en que al día siguiente cazaría para mí un cóndor vivo y que si ello sucedía, yo cambiaría su posesión contra cincuenta pesos.

—Cácelo ahora!... ¡Para qué esperar hasta mañana...?

—Hay que hacer aprontes, señor... y además, el cóndor en ayunas no es tan fortacho.... Al finao mi padre, qu'era de la gente de antes, cuando no había aquí en las sierras rifles de largo alcance como hay áura, le gustaba cazar los cóndores a mano.... a lo indio... y sabía obligarlos a suicidarse....

—¡Y usted no le aprendió la receta...?

—¡Vaya!... ¡Y cómo no!... ¡Si es facilísimo...! No hay más que decirles una palabra en la oreja y ya'stá... Mañana de mañanita lo verá....

Y al día siguiente tuve ocasión de presenciar asombrado, el extraño espectáculo de una lucha singular entre la astucia y la fuerza, en aquel vasto escenario de las sierras, que alumbraba el sol naciente.

Llegamos a una quebrada pintoresca y dimos con un viejo mancarrón que pastaba tranquilo, discurriendo goloso entre el perfumado pastizal serrano.

—¡Vé!... Ese mancarrón, señor, me v'a servir pa carnada.... Ya verá como cáin los cóndores al olor de la

sangre y como los aconcha la gasusa e la madrugada, castigada por la vista é la grasita!

Entre el viejo y sus dos hijos degollaron el manecarrón inservible, le abrieron el cuerpo, extrayendo las vísceras, para dejar una buena cavidad, y le quitaron a medias la piel, tapando con ella, arrollada, la entrada de aquélla, entre la cual se deslizó el cazador, diciéndonos, mientras se acomodaba, disimulando su presencia:

—Aura, vayansén pa la cueva que los muchachos conocen y abra el ojo, señor, pa ver una cosa linda...! Escuendansén bien, ché... Ya saben lo lincees que son estos condenaos... y apurensén pa'yudarme conforme me vean parao... Voy a cazar el más grande!

Apenas estábamos instalados en nuestro escondite, cuando apareció en el cielo un enjambre de puntos negros que a medida que avanzaba iba aumentando en volumen y en cantidad: parecía que los cerros enteros, desmenuzados, andaban en el aire. Los cóndores, majestuosos, volaban en círculo. Ya venían apresurados, batiendo el ala con presteza, o ya, serenos y como inmóviles, se detenían sobre el punto donde yacía el manecarrón y descendían rápidos a posar la garra acerada sobre el desmedrado costillar, o peleaban dos rivales, rezongando, por adueñarse de la cabeza, que parece ser bocado suculento, mientras otros hacían presa en las vísceras sangrientas y se las repartían a tirones. De repente un ruido formidable apagó los roneos graznidos entrecortados, se oyó un soplo de huracán y al correr hacia la res, vimos al enjambre gigantesco aletear desesperado para alzar el vuelo, impulsando el cuerpo remolón, mientras, allá, sobre el costillar casi pelado ya, forcejeaba por escapar a las manos hereúleas que sostenían sus patas negruzcas, un cóndor enorme que el viejo cordobés sujetaba, sin salir de su escondite, temeroso de las injurias del pico sanguinario.

Pronto los mocetones hicieron presa en el cuello y en las alas, y con grave escándalo del enjambre que voltejeaba graznando sobre nuestras cabezas, quedó el cóndor como estaqueado. Era un magnífico ejemplar, que hedía a carroña y cuyos ojos fulguraban iracundos...

—Ya ve, señor, como más valen las mañas que los fusiles... Y es grande el condenaos... Con razón por poco no me levantaba.

—Sabe que esto se llama hazaña, viejo...?

—No tanto, señor... pero los muchachos no hacen esto todavía... Y aura lo hagamos suicidarse a este roñoso... ¿no le parece?

Sacó el viejo una lesna del bolsillo de su tirador y al propio tiempo que traspasaba con ella ambos ojos del enorme pájaro de presa, los mocetones lo largaron...

Corrió un trecho, graznando de dolor y luego se remontó casi recto, siguiéndolo nuestra vista entre el enjambre de sus compañeros, que revoloteando en círculo lo rodeaban curiosos, pero que él no atendía y así se perdió en el infinito azul...

—No crea que v'a dir lejos... Aura, lo que se vea ciego, se descuelga desde las nubes a cuerpo muerto y se destroza sobre las piedras...

Y así fué. De repente lo vimos caer pesadamente, allá, en la lejanía brumosa de los cerros desiertos!

OJO POR OJO!...

Nosotros, en la tertulia íntima, le escuchábamos con veneración y con respeto, deleitándonos con el relato de sus aventuras romancescas o con el chispear brillantísimo de su espíritu cáustico y mordiente.

—Buena cría la suya, che!... Como si no supiéramos aquí lo qu'eran los entrerrianos!.. Ustedes, en su tierra, amigo, nacen chairando el cuchillo!

—Miren el nene, que se asusta porque tocan a degüello!

—Yo?... Ya lo creo!... No me acuerdo haber derramado jamás ni una gota'e sangre inocente... Y cuidao qu'he visto trifulcas!

—Así decían los diarios de su tiempo!... Todavía recuerd'un artículo...

—Vean! Una cosa son los diarios, che, y otra cosa es la verdad!... A no embromar vamos!... Les v'y a contar el único caso en qu'hice degollar un inocente... y quien sabe si lo era tampoco... D'esto no se ocuparon los diarios les aseguro y sin embargo fué tremendo!

—Cruzaba una tardecita por esas sierras de Córdoba, que son com'una pintura, en derecera a los llanos. Iba' purao y llevaba como escolta un escuadrón de puntanos qu'eran todos como cuadro... Ya casi al anochecer cáimos a un rancho serrano, d'esos que ya parece que van a venirse al suelo, pero que se aguantan, dejando pasar los huracanes como si no fuesen nada. No hallamos a la llegada más que dos chinas viejas y una chinita osequiosa, que convidó con mate y qu'encontré tan donosa, así, a la luz del fogón... Parecía que las llamitas l'alumbraban con cariño, como queriendo besarla... La gran perra!... Era linda con usura y tenía unos ojitos y un modito pa sónreir, que hacían como cosquillas y después era graciosa en el andar... y picarita... Ni sé cómo ni porqué, se me metió en la cabeza que había d'estar resfriada y comencé a recordar una famosa receta que me dieron una vez para curar los resfríos... era una palabra en turco que había que decirle a l'óido a la persona atacada, sin que la oyera ni el aire...

—Ust'está resfriada, hijita?

—No, señor...

—Que no, hijita... si eso se le ve en los ojos... Tal vez usted no lo sepa... viviendo aquí, tan solita...

—Talvez, señor...

—No quiere que yo la cure?

Y como me mirase sonriendo y me parecía verle así com'una expresión de travesura infinita en sus ojitos tan lindos y hast'en unos dos pocitos que se le hacían en la cara, me saqué un pañuelo e seda que llevaba en el pescuezo y se lo puse en el d'ella, que me agradeció el regalo... sin decirme ni palabra, pero con más elocuencia que si hubiese hablao en verso...

—Y adónde duerme, hijita, en esta casa tan chica?

—Aquí no más, señor... Allí, en aquel rincón, tienen mi madre y mi tía y yo en aquel otro... en que hay un catré guasca!

Y señaló pa un rincón que quedaba allá en lo oscuro... y que yo ví'luminao como la plaza Vitoria... En ese momento, che, me llegaba de la sierra como a modo de un vientito con fragancia a flor del aire mesturada con poleo, con menta y con piquillín...

—Va'star fresquita la noche, señor coronel, me dijo

la madre de la muchacha que venía a cocinar y empezó a tizar el fuego...

—Así parece, hija!... Y ustedes, cómo viven tan solitas aquí... sin hombres!... No tienen miedo?

—Si hay hombres, señor!... Lo que tiene es que fueron a meliar... pero talvez caigan para la salida'el lú-cero... Es mi marido, un hijo d'él y tres sobrinos... gente buena, señor... mejorando lo presente.

Comimos como se com'en los ranchos, medio en l'oscuro y yo hice tráir mi catr'e campaña. Las viejas me tendieron una cama qu'estaba llamando al sueño con sus sábanas de bramante, almidonadas al estilo'el pago...

—Y ya no le llegaba el olorcito a la menta mesturao con flor del aire?...

—Que sé yo, che, si estaba durmiéndome como cuzco en la ceniza... Derrepente me despertaron las viejas que soplaban a compás y hasta me pareció que la chinita tosía... Claro!... Me acordé de la promesa y quise salir, del catre... La perra con las sabanitas!... Empezaron a'cer ruido como si fuesen papeles y como para el remedio tenía que no ser sentido, me comencé a refalar y en eso que fuí a pararme, oigo balar un chivito y siento que me topaba las piernas, mientras una de las viejas le decía a media voz:

—Sosegate, capitán... que lo vas a despertar al señor coronel!

En la vida le han echao maldiciones más tremendas a ningún chivito guacho, que las que l'eché yo al condenao... Tres veces tenté bajarme y tres veces el chivito me despertaba a la vieja, mientras oía a la chinita que hacía crujir su catr'entre dormida y despierta!...

—Y porque no se levantaba no más?... P'cha qu'era mulita!

—No ve?... Así son las cosas!... Y el respeto, amigo, qué se tiene que tener por la madr'e las enfermas, cuand'un auda-ciendo e médico sin estar autorizao?... Derrepente se oy'un tropel y cayeron al rancho los meliadores, cargaos de carne y con unas fachas de forajidos... Claro! Eran cuatrerros mestizos de saltiadores...

—Y se quedó sin decirle a la chinita aquella palabra en turco?

--Y sino?... Ya nos levantamos todos y empezó la

churrasquiada, pero cuando al aclarar les quise decir adiós, me dijo el dueño de la casa:

—Porque no lleva un asao, señor?

—Pa qué?... Hemos de hallar poblaciones...

En eso miré p'al rancho y vi al maldito chivito qu'estaba pelando un maíz, brotao por casualidad junto a un cardón medio seco:

—Mas bien me llevo ese chivo...

Y antes que me arrepintiera ya estuvo atao a los tientos y en camino pa los llanos... Vén?... Esta es la única vez que yo hice derramar sangre... y... caray! creo que fué con razón si se me juja com'hombre!

EN EL BAÑADO

Al paso de nuestras cabalgaduras seguíamos la tortuosa senda que cruzaba el bañado en los días de seca, chapaleando aquí y allá el agua cristalina, conservada como un tesoro por el pajonal, que la cubría celoso con su manto verdinegro, orlado de nenúfares y camalotes.

—¿Sabe que es lindo el bañado, don Pascasio?

—¡Y cómo no, amigo!... Por eso el que cae a estos aguazales no los deja sino con pena, y los que nacieron en ellos y se ausentan, jamás lo hacen para siempre... Volvedor como pato'é la laguna, dicen los criollos... y perspicaces...

Tendí la vista sobre el pajonal que ondulaba movido por la brisa y seguí complacido las bandadas de siriríes que se alzaban en montón, dando el alerta con el rumor de sus rápidas alas a las gallaretas y a las grullas y a los pesados ocós, que dormitaban a orillas de los juncuales, esperando el paso de las mojarras, inquietas y perspicaces.

—¡Mire que tendrá cuentos el bañado, don Pascasio...! Si yo pudiese, me quedaba un tiempo... Ha de ser divertido estudiar las costumbres de tanto pájaro y de tanto bicharraco, como hay...!

—No crea que son muchas las clases.... Pronto las conocería a todas y después le sucedería lo que a mí, que no distingo los pájaros ni los bichos sino cuando tengo que comerlos.... y eso por el olor y la necesidad, porque cómo decimos aquí “pa boc’hambrienta no hay carn’hedionda”.

—Mire cómo hierven los patos en aquel charco.... Fíjese qué colores más lindos... Si parecen bruñidos los cuerpitos y hechos con mosaicos de rubíes, de esmeraldas y de brillantes!

—Esos no son patos sino gallinetas... como quien dijera las perdices del bañado... Comen lombrices y por eso hay algunos que no las quieren, aunque sean riquísimas... Vea!... No admiten en su sociedad sino a los cucharones que con sus picos chatos les revuelven el barro del fondo y les descubren la comida... Se dice que son compadres, pero que no se tutean para no darse confianza y tener después que pelearse... La gallineta es ligerísima para comer, pero no abusa de la lentitud de su amigo y le da lugar y tiempo....

—Qué precioso aquel charquito de la derecha...! Mire... Parece esmaltado...

—Ese no es un charquito sino un charco muy hondo... Si fuese playo, no andarían en él los cisnes y los patos picazos, que revuelven las aguas profundas persiguiendo los pescaditos... Estos vienen en cardumen a guarecerse, asustados, entre las malezas de la orilla y por eso están en ella las garzás blancas y los flamencos rosados esperándolos atentos.... Todos esos canilludos son haraganes y se aprovechan del barullo que arman en el agua los grandes nadadores o de los ruidosos zambullones de los carpinchos y de las nutrias.... En el bañado, amigo, es como en tierra firme.... El vivo vive del sonso y el sonso de su trabajo!

Y don Pascasio, mirando a lo lejos y señalándome un punto lejano, prosiguió:

—Mire, allá, junto a aquel sauce quebrado que está como cayéndose al agua.... No lo vé cubierto por una bandada de biguaés, que son las aves negras del aguazal...? Obsérvelos...! Saltan, zambullen, dan volidos cortitos y vuelven a su puesto a sacudir sus plumas, que parecen de azabache y a tragarse cualquier animalejo que haya robado su pico.... Fíjese bien y verá, casi en-

tre ellos, pero discretamente apartada... una garza-mora que se tiene sobre una pata, quizás para no cansar las dos, mirando el agua con ojos de codicia....

Según un cuento de aquí, la garza-mora era una viuda muy rica cuya confianza ganó el dandy de los bañados, el martín-pescador, mozo pobre y haragán, fastuoso en el vestir y cargado de alhajas falsas como buen jugador sónico, quien inició la testamentaria, repartiendo cargos y comisiones entre sus parientes los biguaés.... Claro! Muy pronto desaparecieron los tesoros y la viuda se vió obligada a pleitar con su apoderado, que es un maestro en la chicana. El juez es el tuyuyú, personaje grave y sesudo que dicta buenas sentencias, pero que no tiene a sus órdenes ni un miserable gendarme que lleve las citaciones... Y ahí la tiene ud. a la viuda, persiguiendo en los bañados a todos sus defraudadores para entregarles las cédulas.... Todas las mañanas viene la garza a buscarlos y sale con las bandadas con rumbo hacia las cuchillas donde vive el tuyuyú, pero cuando pica el sol, los biguaés se asientan en las lagunas y no quieren seguir viaje a pretexto de que el calor los enferma..... La garza, desconfiada, se queda entre ellos y observa el malezal con atención para ver si en las corrientes ve pasar los rubíes y los brillantes que formaban su tesoro, aunque en realidad espere los animalejos que los biguaés desprecian.... porque no pueden con ellos.

No tienen ni amigos en el bañado: ellos son ellos y nada más....! Si formasen gobierno, alguna vez, serian los representantes del más completo nepotismo.... Se visten igualitos, no conversan sino unos con otros ni se les vé reunirse con nadie que no sea de su familia... Son envidiosos, egoístas y rapaces hasta darles con un palo y de ellos no se saca sino perjuicio... La carne es hedionda como la pluma y no se alimentan sino de bichos inofensivos, porque son flojísimos y no se animan a la sabandija!

—Y el martín-pescador?

—Adonde anda la garza-mora no se le ve a ese canalla.... Ella recorre los ribazos que alumbra el sol, porque a ellos concurren las lombrices y las víboras de que se alimenta y que los biguaés desprecian y él vive entre las malezas sombrías o entre el ramaje tupido de las arboledas costaneras, buscando las plateadas mojarritas que vienen curiosas a contemplar las pedrerías de su ropaje reflejado en el cristal de las corrientes...

CUENTOS DE CAZA

Como en ese momento una nube de humo amenazaba ahogarlo, mi tío Martín se echó para atrás a fin de dejarla pasar, y luego de dar vuelta sobre las brasas el pedazo de carne que chamuscaba, dijo con firmeza:

—Miren, ché.... yo me he criado en los pajonales y sé lo que son tigres. Bueno sería que hubiese estado esperando, para aprenderlo, a que ustedes vinieran del pueblo!

—Yo no le digo eso...! Lo que le he dicho es que ni el tigre, ni el perro cimarrón, ni ningún animal salvaje ataca al hombre si éste no lo ataca a él. El instinto de la fiera es huir.

—Vé?... Eso es lo que en buen criollo se llama macana.

Y como nosotros insistiéramos en negar a las fieras un espíritu agresivo, deseosos de oírle contar algunas de sus aventuras,—que era bastante rehacio para referir,—él, para probarnos su tesis, desplegó ante nuestros ojos los cuadros de la vida salvaje en que había actuado, y la verdad es que, impresionados por su relato o sugestionados por las circunstancias que nos rodeaban, comenzamos a mirar con respeto el pajonal que atravesábamos, creyendo ver a la muerte que avanzaba hacia el campamento, ya en forma de una serpiente de cascabel que desarrollaba sus anillos brillantes al pie de un algodón florecido, ya de una yarará que dormitaba sobre las ramas de un seibo, acechando la vuelta de la torcaz propietaria que andaba por las cuchillas lamentando sus penas, o de un yacaré que emergía de entre las aguas fangosas y nos miraba con sus ojos sin párpados, o de una nube de cimarrones que nos seguían hambrientos y nos asaltaban furiosos, o de tigres sentados al borde de los arroyos, entretenidos en echar espumarajos sobre las aguas, a fin de atraer peces para sacarlos con un matón certero y que al vernos se ponían de pie y bati-

do los flancos con sus colas inquietas bramaban enfurecidos.

Y no sé si serían iguales a las mías las impresiones de todos los que rodeábamos el modesto fogón campero donde preparábamos nuestra comida y que poco a poco se había ido apagando, pero en esos momentos envidiaba a las bandadas de siriríes que pasaban por sobre nosotros el viaje hacia la costa del bañado.

—Sí, ché, con el tigre no se juega, sobre todo cuando es cebado. Entonces es feroz y más audaz que el mismo yacaré, que es capaz de venirse sobre uno hasta fuera del agua, buscando llevarle aunque sea una mano. Siempre me acordaré de un suceso que me impresionó en cierta excursión que hice al Mocoretá, como quien dice a la patria de los guazuviráes y de los ciervos. Almorzaba en el rancho de una familia correntina, cuando derrepente oigo unos quejidos y unos sollozos que me alarmaron.

—¿Qué es eso?

—No te asustés, que no es nada—me dijo una de las muchachas, con esa familiaridad guaraní que no conoce el usted y con esa tonadita que da a la frase suavidades de tereipelo.

—Cómo que no es nada...?

—Es un gringo que está llorando a su compañero... Era dos que pidieron hacer noche en la ramada y vino un tigre cebado y se llevó a uno...

Y como en ese momento se oyera un ruido sordo, que venía del pajonal, mi tío se interrumpió y exclamó con toda naturalidad, tanta quizás como la de la joven correntina de su relato:

—Es una banda de chanchos del monte que marcha en retirada... Seguro que atrás viene algún tigre cebado... Quieren que lo veamos?

Confieso que en mi vida me he puesto de pie con mayor celeridad ni con más gusto.

CADA CUAL SE AGARRA CON LAS UÑAS QUE TIENE

La lechuzca, agorera de la muerte para nosotros los de la edad presente, era para los de la edad remota,

—que surcieren el poema en que a los animales se atribuyen las prerrogativas de los hombres—mensajera de amores y de enredos y quien preparó con sus hábiles manejos la extraña boda de la nutria y el jabalí, progenitores del carpincho, en unión con su comadre la vizcacha, personificación de la avaricia, que proporciona la comodidad de sus barracas subterráneas a todos aquellos que han menester de un refugio, siempre más barato que el servicio con que ellos retribuyen el hospedaje.

Las oscuras galerías del enorme palacio siempre en obra, son campo neutral donde no hay antagonismos ni rivalidades, debido a la celosa vigilancia de las dueñas de casa, y así se ve al ratón, que, haciéndose el distraído, revuelve un montón de raíces olorosas, mirar impasible al sapo compadrón, que con el sombrero sobre la oreja y las manos en los bolsillos se pasea nervioso, lanzando miradas de soslayo a una víbora viuda y coquetona, que luce su agilidad sobre una rama seca, en cuyo extremo una araña chismosa, con los anteojos casi en la punta de su nariz vergonzante, combina nuevos dibujos para sus telas sutiles, canturreando entre dientes una antigua canción de amor, que hace sonreír a un viejo lagarto centenario, a quien la parálisis impide sus habituales correrías y que mata el tiempo refiriendo extrañas aventuras a un peludo rengo y desdentado, sobre cuyo lomo rugoso juegan al truco tres moscas aventureras y un joven escarabajo rechoncho, que tiene sus respuntes de Tenorio.

Abría el palacio su ancha portada protectora al pie de un coposo tala que crecía sobre un verde ribazo pintoresco y era en éste donde la extraña boda se hubiera festejado a no haberlo impedido una lluvia torrencial que, desbordando el vecino arroyo, obligó a los concurrentes a refugiarse en las galerías.

Allá, en el fondo, se veían, a la luz azulada e intermitente de las linternas las curiosas parejas que bailaban y llegaban por ráfagas al oído de los miro-nes agrupados a la puerta, los mágicos sonidos que las chicharras y los grillos arrancaban a sus flautas sonoras, las notas alegres de los clarines que tocaban los mosquitos y abejorros, y el rasgueo armonioso de

las guitarras en que lucían su habilidad las ranas acompañantes.

De repente las músicas cesaron, se apagaron las luces y una masa informe que chillaba angustiada, comenzó a rodar hacia la puerta, apareciendo al fin en ésta, sin sombrero, con el poncho arrollado al brazo y en la diestra el facón ávido de sangre, un gato montés a quien atacaban encarnizados cuatro vizcachones veteranos, auxiliados por una veintena de jóvenes largartos turbulentos.

La lucha había sido ruda, y el viejo perturbador de bailes y diversiones llegaba jadeante a la salida, cuando vió que el agua le cortaba la retirada. Ya se disponía a una nueva embestida a sus adversarios, que, ignorantes de la situación angustiosa en que se hallaba, se habían agrupado en el vestíbulo, temerosos de salir a campo raso, cuando oyó la voz cascada de un viejo bagre asmático que, aprovechando de la creciente y de la proximidad del baile, estaba acurrucado junto a un raigón que ya hañaban las aguas:

—¡Hola, amigo!... ¡Qué cosa bárbara!... ¡Páseme al otro lado, por vida suya!... ¡Me van a achurar en este albardón!... ¡Si había habido un gentío tremendo y una mozada bravísima!

—¡Orts!... ¡Y cómo no?... ¡Qué! ¡no sabía quiénes se casaban?

—Sí... pero ¿qué quiere? Yo estaba convidado también, pero me agarré con una vizcachita delicada que, en cuanto la tomé de la cintura, se echó a gritar y ahí no más salimos trenzados con el hermano.

—¿Y cómo haré para pasarlo?... ¡Usted ha de ser pesadito!

—¡No, señor! ¡Qué esperanza!... Yo me paro sobre usted y... es cuestión de un minuto.

Y así lo hicieron; pero no había nadado media vara el bagre cuando preguntó a su protegido con voz compungida:

—¿Qué hace, compañero?... ¡Me está desollando!

—Si voy paradito...

—¡Qué paradito, ni qué diablos!... Me va rompiendo el cuero....

—¡Ah! serán las uñas.

—¡Bueno! ¡Saque las uñas entonces!

Discutiendo el punto, llegaron a la otra orilla y mientras el gato saltaba a tierra y el bagre se zambullía para meterse entre el barro y restañar la sangre que le brotaba del lomo, dijo el primero:

—Gracias, amigo, mil gracias, y ya sabe.... el gato montés es su amigo....

—¡La gran perra!... ¡Buena caña para mojarrero!

Y el bagre se zambulló atormentado y dolorido, maldiciendo de su negra estrella y de su buen corazón que en tales pellejerías le metía.

Pasaron los días y con ellos las aguas del arroyo, que poco a poco fueron dejando en seco centenares de peces, cuyos esqueletos rígidos yacían sobre la arena, con gran dolor del viejo bagre compasivo, que los miraba desde un pequeño charco donde se había refugiado, pensando en la triste suerte que le aguardaba si no intervenía en su favor algún santo milagro y encomendándose a todos con piadoso recogimiento.

Una mañana,—que él creía fuese la última en que perteneciera a este mundo, pues desde la noche el agua en que se revolvía había sufrido una merma considerable,—vió de repente acercarse con cautela a su amigo el gato, que andaba a la pesca de un bocado apetitoso:

—¡Hola, compañero!.... ¡Acérquese!.... ¡Mire cómo está su amigo!

—Hombre, hombre, dijo el gato, atusándose el bigote; ¡cómo le encuentro, compañero!.... ¡Y qué tal la señora?

—¡Vea!.... No estoy para informes ahora... ¡Quiere hacerme el favor de arrastrarme hasta por ahí, donde haya agua!.... ¡Me estoy ahogando en seco!

—¡Cómo no, bagre amigo.... ya lo creo!.... Vea: monte a caballo sobre mí y lo llevaré hasta allí, frente a aquel barrancón, donde hay un pozo profundo.

Y pronto comenzó el gato a trotar con su jinete, que se agarraba con las aletas y echaba el alma tosiendo.

—¡No tan ligero, por vida suya!... ¡Espérese, que me caigo!

Y de repente el gato, dando un brinco, exclamó encolerizado:

—¿Qué es eso compadre?... ¡Me está taladrando las costillas!

—¡No compadre; es que me agarro!

—¿Que se agarra?... ¡A ver si larga?... ¡Orts!... ¡esto sí que es bueno!... ¡Largue, compadre, o lo estrello!

Y el bagre, en silencio, aguantaba los brincos de su cabalgadura, exclamando entre dos golpes de tos:

—¡Si no es nada!... ¡Me he afirmado con la espina, no más!... ¡Siga un poquito, que ya llegamos!

—Bueno!... Saque, amigo!... ¡Que me agujerea el costillar!

—¡Pero, hombre, usted me desolló el lomo la vez pasada y yo no grité tanto!

—¡Fué con las uñas, amigo, que es distinto!

—¡Hombre!... ¡Yo me afirmo con la espina no más!

Y como en ese momento llegaron a la orilla, el bagre pegó un salto y cayó al agua, exclamando mientras el gato se revolcaba en la arena, desesperado:

—Amigo, en este mundo cada cual se agarra con las uñas que tiene... y no hay vuelta... Ya lo sabe, para otra vez, como lo sé yo.

LA REVANCHA

—¿Quién dice que yo no he tenido miedo...? preguntó a sus interlocutores el viejo caudillo.

—Es la voz que corre de fogón en fogón....! Todos dicen qu'el comandante Mosquera, que hoy tropea pa saladero, le supo parar rodeo hast'el ejército e liña...

—Gran caudal son diez centavos, che.... Los que hablan han de ser del terneraje, que no ha sentido una lanza culebriando en las costillas en medio de un entrevero.... ¡Que yo no he tenido miedo...! ¡Qué bárbaros...!

—¿Y cuál es la vez en que corrió más peligro...?

—¿Peligro de qué...?

—Dejuro que ha'e ser de muerte... qu'es el más grand'en que puede hallarse un hombre...?

—Asigún, che,... asigún!... Pa mí, la vez que la ví más cerca y en que le tuve más miedo... Peligra la verdá, pero es cierto!... fué p'al setenta y cuatro en la liña 'e Santa Fe... Pa que v'y a'blar d'estas cosas...? Dentran mujeres y no quiero que se diga de que no sé respetar lo que merece respeto...

—P'cha, qu'es lindo...! ;Y nos v'a dejar lambiendo...? No diga!

—No, che... es que hay cosas que mejor es no meñarlas... Eso de comenzar a revolver la memoria es toriar un avispero.... La gran perra....! Fu'en una d'esas cruzadas que se hacían medio escondidas y m' encontré 'n una fiesta de aquellas que ya no se hacen... Er'a la entrada 'el verano y yo caí con el sol alto, montao en un parejero que lo tráia de tapao, pa ver si le daban calce y les hacía repeluz... Qué flete, che!... Si parece que lo veo...! Er' alazán... reque-mao y pico-blanco y yo lo teni'á lo gringo... sin tuzar y con la cola'l garrón... Claro!... Llegué, lo puse a la sombra y me perdí entre el gauchaje que andaba remoliniando alrededor de un fogón como p'asar un rodeo... Ya se pueden figurar si me agarraría con ganas, sabiendo qu'era forastero y que andaba medio alzado... Desd'el loco a los pasteles les corrí sin castigar y en cuanto pas'é la raya, qu'era un pipón de francés, recogí los coginillos y pa que no me tentaran ni con taba ni con náipes, labrando mi perdición, enderecé pa un sauzal que costaba el tajar-mar... Siempr'he sido sestador, pero esa vez; el almuerzo y tal vez el calorcito, que ya empezab'á a picar, m'estaban gritando vamos.... Elegí un tronco grandote, atrás de un cañaveral y ahí no más ya me ovillé, deleitado con las chicharras, que le hacían colita al sueño y a las nubes de jilgueros que caían al displayao en silencio y apuradas... P'cha qu'estaba lindo... A la tarde ib'á salir como quien sale del cielo y los pesos á ponchadas me pasaban por delante conforme clavaba el pico, acariciao por el fresco y aquella tranquilidad del sauzal como dormido.... Redepente sient' un ruido y apareció una muchacha con un atadito 'é ropa... A la cuenta la pioncita...! La perra con el destino que sabe ser chacotón y tiene bromas pesadas...! Era una flor en botón la mocita

lavandera... y de' ánde va y se me ocurre de comen-zar'l'a oservar...? Si el diablo sabe andar suelto, se me hace que es á la siesta y que le ha'e gustar per-derse a la orilla 'é los arroyos y cerca 'é los lavade-ros... Me pareció qu'el solcito ni' estaba cayendo á plomo y me dió gana'é pararme y de mandarme mu-dar...

—Jesús... que barbaridá...!

—Y no lo hice, che... y esa fué mi perdición...!

Acabao el lavadito, se paró como sin ganas, miró l'agua, se desperezó y comenzó despacito á soltarse la pollera y á desprenderse la bata.... Qu'irá a'cer esta chinita? pensé... y algo com'una inquietú me dejó paralisao... Amigó con la pioncita que había sabido ser linda, mirada, así, en camisita... y sobre todo después... al entrar al tajamar...! Confor-m'iba caminando y s'iba metiendo al hondo ella alza-ba la ropita y ya la véia erizarse lo que l'agua la to-caba, apartándose encrespada como no queriendo dir-se...! Tuve hasta la tentación de decirle... "hijita... tenga cuidao"... pero no le dije nada, porque en ese mismo instante ví que se zambullía...

—Y usté... qué hizo?

—Y qué iba'cer?... Aproveché la ocasión pa me-dio cerrar los ojos que m'estaban lagrimeando a fuer-za 'é no pestañear, y cuando volvió á salir y endere-zó pa la ropa, la miré pa n'olvidarla ni áunque pasa-ran los años y aquí me tenéis tuavía... sin haber to-mao venganza de quien me tuvo tan mal y que qui-zás me'cha al hoyo si le llevo a cabrestiar!

EL CAZADOR DE TIGRES

Me lo habían señalado como tipo digno de estudio, pero diversas circunstancias habían obstaculi-zado una entrevista durante el verano y al llegar el invierno se ausentó de la ciudad, quizás a alguna ca-cería de tigres, de aquellas que formaban su especia-

lidad. Una tarde me avisaron su regreso y fui a buscarlo en la confitería que frecuentaba con regularidad casi cronométrica.

—Buenos días, amigo....

—Buenos.... dijo el hombre, alzando la cabeza más cómicamente calva que he visto en mi vida y mostrándome el chirlo rojo que le cruzaba la frente y del cual me había hablado mi informante diciéndome que era el zarpazo de un felino.

—Me dijo mi amigo Gutiérrez que usted era cazador de tigres....

—¡Perfectamente!... ¡Y qué hay con eso?... Y se sonrió sin la menor vanidad por su belleza personal, pues de haberla tenido, no hubiese exhibido con tanta franqueza una dentadura asaz maltratada por el uso.

—Nada!.. Quería conocerlo... hablar con usted!.. Quiere que tomemos alguna cosa?

—Permítame, señor!.. ¿Usted se llama García?

—Yo? No, señor... a menos que no lo sepa... Yo soy Pérez... el periodista Pérez!

Y nos sentamos en un rincón, echando al medio una botella de vermouth, pues el hombre, aunque cazador de tigres, era temeroso del cognac y de la ginebra. Supe de sus labios curiosísimos detalles a propósito de su especialidad y, entre otros, que las autoridades de la comarca que acababa de recorrer, le habían prohibido el ejercicio de su habilidad, porque no le había querido regalar al comisario de policía del partido el caballito que montaba.

—Pero eso no ha de ser así, amigo?..

—Y por qué no ha de ser, señor? Acaso no sucede siempre lo mismo?... Nombran un comisario nuevo para cualquier partido y cuanto más pobre llega, más pronto sale a hacer su recorrida para conocer el pago... Va de estancia en estancia y de rancho en rancho y aquí le gusta un caballito por la parada de las orejas cuando ladran los perros, allí una yunta de bueyes por el modo de balar o porque tienen las astas blancas y más allá un carnero o unas ovejitas o un gallo, según la pinta de la gente con quien tiene que tratar... Ya ve, pues, que de esto, a tener un plantelito de estancia no hay ni media pulgada...

—Y usted sabía que había tigres por allí?..

—¿Qué iba a saber, amigo? No le digo que era la primera vez que pisaba en el partido?... Andaba buscando no más... La gran perra con el tal comisario... Me ha hecho perder la bolada de probar ante propios y extraños, como lo he sostenido siempre, que el tigre le dispara al hombre en lugar de atropellarlo... Vea!... Al tigre, que es flojo pero atrevido, no hay como ganarle el tirón!...

—Lo creo... pero el miedo no es zonzo... ni convidá a bailes, amigo!

—Qué me va a decir a mí, señor Pérez, sobre el miedo, cuando lo tengo más estudiado que la cartilla?... Mire! Eso de los hombres que no tienen miedo, es una macana vivita:.. El miedo, no necesita que lo llamen para venirse sobre uno en los momentos de peligro y lo mismo le cae a un blanco que a un negro.... ¿Sabe la única diferencia que hay entre los flojos y los guapos?..... Que los primeros no se saben tragar su miedo como los segundos!... Si yo no hubiese tenido la desgracia de que el tal comisario se llamara García, a esta hora andaría mi nombre volando por toda la República en alas de un hecho incontrovertible; probatorio de este aserto atrevido...

—¡Hombre!... Sabe que no veo bien la concomitancia que puede haber entre su cacería de tigres y el hecho de que el comisario se llamara García?...

—Claro!... Qué va a ver?... Para ser ciego y sordo con perfección, en este país, no hay como ser periodista... Mire! A mí los García me tienen reventado y cada vez que me topo con uno, es casi a la fija que me ocurre una desgracia: por dolorosa experiencia sé que es inútil que les haga la cruz ni que toque fierro!... Dígame... Ha pensado usted alguna vez en contar los García que hay en Buenos Aires? Bueno! Yo lo he hecho, porque ellos son mi desventura y he querido conocerla en toda su extensión... Tome nota!... Hay nueve mil veintitrés García y de éstos son hombres cinco mil doscientos once, contando como entero a un sastre cojo y manco, que vive en la calle de Balcarce al llegar a Brasil, de cuya exigua persona no quedan sino retazos y que se completa con un hijo que tiene seis dedos, y tres mil ochocientos doce muñecos. Setecientos veintidós son almaceneros, doscientos

cincuenta y uno corredores, ciento tres abogados, cuarenta y tres médicos, doscientos cincuenta y uno militares, entre los cuales hay un general, un comodoro y doce coroneles, veintiocho clérigos, y el resto pertenece a profesiones varias, teniendo teléfono solamente diecinueve, pues es la gente más refractaria al progreso y al gasto de dinero en superfluidades.

—Demonio...! Sabe que es curiosa su estadística.

—Ya lo creo!... La he hecho como un cálculo de probabilidades contra la desgracia, pero no me ha servido de un comino y por lo que le he contado del maldito comisario, ya puede ver de lo que son capaces los García cuando se le atraviesan a un hombre... Puede tener la seguridad absoluta de que la sola presencia del más insignificante de ellos, basta para desbaratar el proyecto mejor elaborado!...

—Bueno! Perfectamente...! Pero cuántos tigres lleva usted despachurrados hasta la fecha, a pesar de la siniestra influencia de los García?

—Yo?... Pero ni uno, amigo!... No le he dicho que lo que ando buscando todavía, sin poder conseguirlo, es tener la ocasión de probar que el miedo es común a todos los hombres y que los más guapos son solamente los que lo tragan mejor?

—Pero, entonces, cómo tiene usted tanta fama de cazador de tigres...?

—Ahí verá lo que son las famas...!

—Sabe que es curioso el asunto? Y el chirlo ese que tiene en la frente no es un zarpazo de felino, entonces?

—No, hombre... qué va a ser!... Este es un arañón que me pegué con unos vidrios de botella cuando era chico.

—Me ha embromado Gutiérrez con sus informes... La gran perra que es mentirosa la gente!...

—No crea!... Es que la vida es así no más, mi querido señor Pérez, y que en este país, como es nuevo, tenemos que inventarnos todo para poder vivir a la europea... Qué sería de nosotros si no tuviésemos historiadores, militares, artistas, políticos clarovidentes, periodistas, comerciantes, literatos, autores dramáticos, cantores y hasta cazadores de tigres...? Una miserable toldería con indios de levita!

EL HIJO DE DOÑA AMALIA

Alertearon los chajáes y los teros, cuando aparecidos en la orilla del bañado y a medida que su voz rodaba de mata en mata, perdiéndose en la lejanía velada por las sombras de la noche, tendieron el vuelo rumoroso las gallaretas y los patos, seguidos por la turba anónima, habitadora perenne del pajonal, y por las garzas silenciosas, que se alzaban como con pereza, recogiendo, ceremoniosas y coquetas, sus largas zancas, despedidas por el gruñido de los carpinchos y de las nutrias al azotarse en alarma.

El bañado entero pareció levantarse hacia las nubes, volando desmenuzado, y las víboras y los sapos amedrentados, suspendieron sus monótonos dúos y miraron con sus ojos inquietos el revolver insólito, signo evidente de próximo peligro.

Y guiados por ese instinto peculiar de los hombres de campo para tomar su rumbo, que mi compañero poseía en alto grado, alcanzamos al rancho entrevisto desde la linde del monte y en el cual pensábamos encontrar quien nos indicara el camino para salir al llano.

—Ave María Purísima...

—Sin pecado!... Dentren.... que no hay perros.

—Mil gracias...! Más miedo les tenemos a las pulgas.... refunfuñó mi compañero, mientras yo, estirando el pescuezo por la rendija que servía de puerta a la miserable vivienda, descubría una china vieja que, sentada en cuclillas al lado del fogón, revolvía lentamente una olla vocinglera.

—Ustedes perdonarán... pero estoy friyendo una grasita y no la puedo dejar....

—Siga no más, señora.... Esperaremos aquí afuera....

—Como gusten.... Los bancos están junto al moginete u sinó aquí, del lao de adentro.... cerca é la puerta.

Luego que nos sentamos y encendimos nuestros ci-

garros, dejando que el espíritu y el cuerpo armonizaran con la quietud apacible que nos rodeaba, exclamó mi compañero:

—Diga, señora... ¿Nos podría dar un matecito?

—Cómo no, señor!... Aura, lo que venga Doñ'Amalia, los convidaré, si es que trái yerba.

—¿La cosa no es segura, entonces?

—Y qué va a ser, señor!... Si el pulpero de là cuchilla le da un fiao que fué a pedirle a cuenta de una pajita que tenemos cortada, habrá cómo y si no, no!

La declaración no podía ser más categórica y guardamos silencio hasta que, terminada la fritura, salió del rancho, limpiándose las manos en la pollera, nuestra desconocida informante, que luego de saludarnos comenzó a armar un fogoncito en el patio, confesándonos de paso que el pulguero del rancho era una cosa bárbara y que daba miedo, sobre todo a la nochecita.

—Y tardará mucho su compañera con la yerba...?

—No ha de!... Ahí siento el escarreo del petizo... Es un patrio viejísimo que mandó hace como cinco años el hijo de Doñ'Amalia... el mayor González, que le llaman Conejito por mal nombre...

—¿Qué me dice?... Aquí vive la madre de Conejito?... dijo mi compañero con acento de asombro.

—Sí, señor! Aquí vive y es mi compañera... Quién lo diría, no? Un hombre así, que tenga a su máma d'este modo!

Y mi compañero, mirándome de soslayo, agregó como por vía de explicación endilgada a mí:

—Es el caudillo del pueblo y... candidato para el Congreso....

Como llegara Doñ'Amalia y trajera en una pequeña maleta las provisiones esperadas y el agua estuviese hirviendo, nos colocamos al lado del fuego, que chisporroteaba alegre:

—Conque usted había sido la madre del mayor González?

—Sí, señor... para servirle.

La cara angulosa de la vieja china se transfiguró:

—Lo conocen a m'hijito?... Pobre!... En el pueblo todos lo quieren y aurita no más me decía el bachicha de la pulpería que tal vez lo hagan gobierno....

—No ha traído sal, Doñ'Amalia, ¿sabe?... Lindo vamos a estar!

—Y qué quiere, ña Martina....? El hombre no quiso dar....

—Mirá qué bolada....! Otra semana de guiso e bagre o de lagarto asao sin pizca e sabor....

—Comen lagarto ustedes?

—Y sino...? Si es riquísimo, según dice Doñ'Amalia, y nosotras cuando agarramos alguno estamos de fiesta.... Aquí la carne es como la sal... Cosa e lujo!

—Y hace mucho que no lo ve al mayor González, señora?

—Cómo no!.... Mucho!... El pobre casi no se puede mover del pueblo, y yo, ya ve, acostumbrada a esta vida del baño, tengo hasta pereza d'ir....

—Cómo no, Doñ'Amalia, dijo ña Martina indignada... Ust'es una mujer sonsaza con el muchacho ese....! S'está muriendo de hambre aquí metida en l'agua pa cortar la paja y teniendo que vivir de bichos del baño y él... ni se acuerda de su máma.... Y toavía viene a defenderlo!... No diga!... Ese no tiene perdón de Dios!... Quieren crér que vez pasada la pic'un coral y que cuando ví que la contravibora parecía que no hacía efecto, le mandé decir que se moría y ni siquiera contestó?

—Callesó, ña Martina, es mejor... dijo Doñ'Amalia, irguiéndose enojada.... Cómo se conoce que no es madre!.... Caramba con la compañera que tiene una lengua de rastrillo. ¡Mirá decir que m'hijito no se acuerda de mí, cuando hasta me mandó el petizo ese que muento, que es una alhaja, señor!

Una noche, meses más tarde, nos hallábamos en la Opera con el compañero de caza, y como me constaba que no conocía a nadie en el mundo brillante que nos rodeaba, y notara la insistencia con que fijaba el antejo en uno de los paleos bajos, le dije:

—Hall'algo aquí que le guste más qu'el monte, compañero?

—Ya lo creo.... Pero aura miraba'l Conejito, qu'es el nuevo diputado de nuestra provincia y qu'está allí en un paleo con varios amigos.... Es el hijo e Doñ'Amalia,

¿se acuerda?... Aquella china del baño que nos sacó cuando nos perdimos....

Miré hacia el paleo y ví, lustroso y rozagante, un tape de edad mediana que miraba como distraído la sala resplandeciente, y me acordé del modesto fogón campero a cuya orilla una pobre china vieja chamuscaba la carne de un lagarto que sazónaría, a falta de sal, con buena voluntad y con cariño de madre.

OGAÑO

Reverbera el sol de la mañana sobre el verde gramillal y despierta chisporroteando la tucura inquieta, que dormitaba acurrucada bajo el manto multicolor de la llanura, obligando a los perezosos aradores a buscar el peladal donde se verán libres de su molesta compañía, y a los bizarros mamboretás a proseguir su eterno viaje de bohemios, en demanda de la charca ideal en que celebrarán sus nupcias con la dicha.

De repente retumba la cañada bajo la acerada pezuña del lecheraje de vientre flácido y deforme, que escoltado por media docena de novillos descornados, sigue a su pesar el trote apresurado de las vaquillonas y de los toretes, estimulado por el grito del peón campero, que suple con la potencia de su voz la poca diligencia de su cabalgadura.

Y allá van, casi en fila india, hasta el paraje cercano a la casa, donde el capataz espera impasible la res que será sacrificada y cuya sentencia, que va a cumplirse, no fué dictada por la gula de su juez sino por las pocas ventajas pecuniarias que, a su ojo de experto, pudiera presentar el animal bajo el punto de vista del comercio.

Ya no es ogaño, la carneada, el brillante espectáculo de antaño, en que los gauchos montando sobre fletes bravíos echaban al medio la torada cerril y apartaban de ella la vaquillona más gorda y apetitosa, rivalizando en gentileza al arrojarle el lazo, que en curva graciosa caería sobre la frente envolviendo las astas puntiagudas,

sino el sacrificio necesario de la pieza inservible para el negocio; volteada como con desgano y enlazada apenas con el viejo sobeo que en las horas de ocio sirve de tendadero para las ropas de la familia.

Pasaron los gauchos y con ellos los cuadros emocionantes y pintorescos de la vida salvaje, tales como la carneada a campo raso, que era la escuela diaria de enlazadores y jinetes, transformándose en una faena de la vida ordinaria, que se desempeña sin brillo y sin pérdidas de tiempo.

Antaño eran el enlazador y su caballo los elementos imprescindibles de los trabajos de la estancia, y ogaño son inconcebibles sus servicios, como lo son las cuadrillas de perros auxiliares y hasta el chiripá y las boleadoras.

Las manadas de baguales y las haciendas alzadas, que requerían aquellas mangueras de hombres que debían sacarlas de los montes y conducir las a los corrales improvisados, donde recibirían la marca, no existen más, como no existen los potros legendarios que corcoveaban horas enteras con la cabeza entre las manos, afanados por deshacerse del jinete, que pegado a su recado, les cribaba las costillas con el hierro de sus espuelas, y las nubes de perros cimarrones que perseguían entarnizados a los viandantes o bregaban noches enteras con las yeguas montaraces que defendían la tierna potrillada del colmillo voraz y diligente.

Pasaron ya y se fueron para no volver, las yerras y los bailecitos a la luz de la luna, las trillas y las esquilas con sus pasteles y sus jugadas de taba, los gauchos matreros y las chinas de pollera almidonada, que lo mismo les acompañaban en un gato con relación que en un entrevero de tajos y puñaladas.

Y en los aires, como peleando con las nubes transparentes, voltejean caranchos y chimangos, que tan pronto se remontan como bajan, y ora persiguen las bandadas de loros parlachines que van a piratear en los maizales, ora desafían, jugueteando, la cólera impotente de cachillos y golondrinas, o van a curiosear en las vecindades de los ranchos, parándose como en éxtasis sobre los corrales solitarios.

• Y no por ello ha perdido la pampa sus encantos, ni el arroyo su voz inimitable, ni los montes sus trinos y

su sombra, ni el bañado su melancólica tristeza, y aun en las hermosas madrugadas, los camperos de ogaño ven, como los de antaño, los patos en hilera, bajando a las lagunas silenciosas, los mirasoles dormitando en sus lechos florecidos y las bandadas de avestruces en su eterno viajar por los cardales.

INDICE

	<u>PÁGS.</u>
INTRODUCCIÓN.....	2
LA CAZA DEL CONDOR.....	5
OJO POR OJO!.....	8
EN EL BAÑADO.....	11
CUENTOS DE CAZA.....	14
CADA CUAL SE AGARRA.....	15
LA REVANCHA.....	19
EL CAZADOR DE TIGRES.....	21
EL HIJO DE DOÑ'AMALIA.....	25
OGAÑO.....	28

Biblioteca Academia Argentina de Letras



DIRIGIDAS POR LEOPOLDO DURÁN

CUADERNOS PUBLICADOS:

PRIMER AÑO

- | | |
|-------------------------|--|
| *1. ALMAFUERTE | Evangélicas |
| *2. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| *3. JUAN B. JUSTO | Labor Periodística |
| *4. JUAN PEDRO CALOU | Bravario de los Tristes |
| *5. LAO - TSÉ | El Libro del Sendero y de la Línea Recta |
| *6. RUBÉN DARÍO | Cabezas |
| *7. OSCAR WILDE | Balada de la Cárcel de Reading |
| *8. LEOPOLDO LUGONES | Cuentos |
| *9. EDGAR POE | Las Campanas y otros poemas |
| *10. JOSÉ INGENIEROS | Psicología de la Curiosidad |
| 11. CLEMENTE ONELLI | Aguafuertes del Zoológico |
| 12. ANDRÉS TERZAGA | Líneas |

LOS NÚMEROS MARCADOS CON UN
ASTERISCO HÁLLANSE AGOTADOS

SEGUNDO AÑO

- | | |
|----------------------------------|--------------------------|
| 13. RAFAEL ALBERTO ARRIETA | Canciones y Poemas |
| 14. ALMAFUERTE | Amorosas |
| 15. E. HERRERO DUCLOUX | Del Diario de mi amigo |
| 16. JOSÉ ENRIQUE RODÓ | Parábolas |
| 17. M. MEDINA BETANCORT | Meditaciones |
| 18. RABINDRANATH TAGORE | Poemas |
| 19. MARIANA ALCOFORADO | Cartas Amatorias |
| 20. GIOVANNI PAPINI | La eroción del buzo |
| 21. JOSÉ INGENIEROS | La Intimidad sentimental |
| 22. FRAY MOCHO (José S. Alvarez) | Cuentos |

Cuaderno de próxima publicación:

SANTOS VEGA, por Rafael Obligado

SUBSCRIPCIONES:

SEMESTRE \$ 1.50 m/n. — AÑO \$ 5.00 m/n.

Número suelto \$ 0.25 centavos

„ atrasado „ 0.40

OFICINAS: **SÁENZ PEÑA, 178** — BS. AIRES

